

Hacia la muerte azul: Rodrigo de Souza Leão

Francisco Goñi

Seated self-portrait, 1972. Francis Bacon.
(Fotografía: Getty Images)

“NEGRA MAÑANA QUE ME DEVORA mientras escribo mi obituario. Es mejor dejar todo listo. Alguien puede olvidar que morí. En un día de lluvia, morí como Vallejo”. Así anticipó Rodrigo de Souza Leão su declive, su descenso al territorio de la noche, que poco a poco fue minando su existencia: cada poro, cada pensamiento lastimero.

Todos los perros son azules no es estrictamente una novela, pero hay abundantes elementos de ficción. Tampoco es una autobiografía. Sería muy injusto clasificarla en un género literario y recomendar el libro por su extraña belleza. Se trata de un texto duro, amorfo, doliente. Sí es de tono autobiográfico porque el protagonista es el autor, pero no persigue fines retrospectivos para rearmar su vida cual rompecabezas. En todo caso, aborda la historia de su eclipse desde algunos recuerdos de la infancia y su extrema progresión en la adultez, hasta la hospitalización en el psiquiátrico, donde, prácticamente, lo que conservaba de soporte emocional se quebró.

Para nosotros Rodrigo de Souza Leão (1965-2009) es un autor desconocido. Pero en su país, Brasil, tuvo una intensa actividad literaria reflejada en más de quince libros. Escribió poesía, narrativa y fue coeditor de la revista poética *Zunái*. Recientemente, la editorial Sexto Piso puso en circulación el libro que nos atañe. La traducción corrió a cuenta del novelista mexicano





Rodrigo de Souza Leão
Todos los perros son azules
México, Sexto Piso
2013, 108 pp.

Juan Pablo Villalobos, quien reside en Brasil y nos compartió su eléctrico descubrimiento.

Narrando en primera persona, el protagonista comparte momentos de su decadente hospitalización y de manera paralela muestra flashazos que reconstruyen las primeras crisis: “Todavía soy el niño del perro azul. Un azul reflejado ahora en el ojo del niño que encontró en la basura a mi perro azul”.

El corte de la narración recuerda al escritor romántico francés Gérard de Nerval (1808-1855) y su *Aurelia o el sueño y la vida*. De hecho, hay similitudes evidentes en su construcción. Ambas parten de las crisis personales, el microcosmos, y derivan en una suerte de historia alternativa del hombre, el macrocosmos, con habitantes, cultura y lengua propia. En el caso de Nerval, se sabe, la escritura fue espejo de una acelerada marcha al suicidio.

En *Todos los perros son azules*, el autor se precipita hacia la desesperación y locura en compañía de Rimbaud, Baudelaire y su compañero azul. Sostiene empatías, percepciones y recuerdos con ellos. Su irrefrenable caída al acantilado de la muerte se ve alentada por su literatura y modelos de vida: la violencia, la ira, la depresión, la fantasía, el ímpetu desahogado de masturbarse, las visiones, llenan las páginas.

Ciertamente, la ambientación contribuye bastante al impacto de su prosa. La decadencia de los enfermos, la comida sosa, los pasillos impersonales, las dosis de medicinas, hacen que el lector entre de inmediato a Paracambi, municipio de la zona metropolitana donde se encuentra el psiquiátrico en Río de Janeiro. Allí,

el enfermo dice soportar toda la mierda, refiriéndose a su cruel extravío, porque en definitiva, desde niño, desde que tragó un *chip*, perdió toda estabilidad y familiaridad en el mundo: “estoy despojado de lo que soy. En la práctica no soy nadie”. Ese chip es un grillo. En el argot brasileño, nos aclara Juan Pablo Villalobos en sus notas, ese grillo, “además de un insecto, es una preocupación, algo que incomoda o fastidia”.

El desequilibrio del narrador por momentos parece diluirse en el intenso ritmo de la narración, pero cuando el lector cree anticiparse e intuir el inevitable final, la cadencia y poder poético de su estilo sorprenden con frases que podrían ser aforismos de Cioran o del mismo Nerval al borde del reino nocturno: “¿Para qué sirve la internación? Para juntar los escombros humanos”.

Por otra parte, encontramos episodios en los que se asoma el escritor experimentado y deja entrever los artilugios del oficio. De pronto se reproduce el tono de Pessoa, una paráfrasis de Rimbaud o alusiones a Van Gogh. Esta confesión delirante también podría haber sido un texto catártico para salir triunfante del hospital, sin embargo, al igual que Gérard de Nerval, Rodrigo de Souza agudiza y excava sus crisis desplegándolas en la escritura, cual autopsia practicada por ellos mismos, con toda la paciencia, meticulosidad y técnicas para conducirse entre los tejidos y órganos enfermos. Claro está, sin la más remota insinuación o esperanza de alcanzar la curación. Lejos del arte que promovían los griegos de sanar por la palabra, estamos frente a un caso de “conciencia de la muerte” derivada de un sigiloso y despiadado cáncer mental.

Todos los perros son azules es, sin duda, un texto brillante y radical que testimonia las crueldades del encierro interno y físico: “Cada vez salgo menos de mí”. Asimismo, muestra la imposibilidad de escape. Aunque Souza no levantó la mano contra sí mismo, de muchas maneras murió antes de que su cuerpo dejara de respirar, arrinconado por los demonios y el delirio. ▀